

Empleo o desocupación: la diferencia importa

Eduardo Engel*

A estas alturas no cabe duda: la tasa de desocupación viene cayendo muy lentamente. Luego que se disparara en cinco puntos luego de la crisis asiática, ha bajado tan sólo un punto porcentual durante los últimos cinco años.

Julio Dittborn opinaba hace poco en esta página que los gobiernos de la Concertación han fracasado en el tema del empleo. Para llegar a dicha conclusión, comparaba la creación de empleo bajo los gobiernos de la Concertación con aquella de los últimos cinco años de la dictadura militar. Comparación un tanto sesgada, pues durante el período 1986-1990 veníamos saliendo de nuestra peor crisis económica en más de medio siglo, siendo habitual que en dichos períodos el empleo crezca rápidamente (es probable que el empleo en Argentina crezca más rápido este año que en años anteriores, sin que esto refleje una buena gestión del gobierno transandino).

El diputado Dittborn concluía que las causas de la lenta recuperación del empleo eran el incremento desmedido del salario mínimo hacia fines de los 90 y cambios en la legislación laboral aprobados en años recientes. Llegado el momento de hacer propuestas, se centraba en flexibilizar el mercado laboral, aunque reconocía la complejidad del tema y la necesidad de más estudios.

Carlos Ominami también se refirió en esta página a la persistente desocupación, con una visión diametralmente opuesta a la del diputado Dittborn.

Según el senador Ominami, el mercado laboral chileno ya es suficientemente flexible y las voces pidiendo mayor flexibilidad no hacen más que reflejar los “sesgos ideológicos de los economistas de derecha y sus voceros tradicionales”. Lo que se requiere, en su opinión, es una política fiscal más expansiva, combinada con un programa de creación de empleo juvenil centrado en la cobertura de necesidades sociales insatisfechas (de particular importancia sería el transporte de adultos mayores para sus controles médicos).

Las polémicas sobre el empleo no son exclusivas de Chile, una que lleva décadas es la relativa al desempleo europeo. Dicha polémica tuvo su origen en el crecimiento sostenido de las tasas de desocupación europeas a partir de los 70, manteniéndose en niveles de dos dígitos por décadas, encontrándose aún hoy seis puntos porcentuales por sobre su nivel pre-1970.

Muchas explicaciones se han dado para el fenómeno europeo; la más popular combina el im-

pacto adverso de los shocks del petróleo de los 70 con mercados laborales excesivamente rígidos.

Estas explicaciones tendrán que ser revisadas luego que Richard Rogerson, de la Universidad de Arizona, notara recientemente que si uno se centra en el crecimiento del empleo en lugar de la tasa de desocupación, los problemas de Europa se remontan a mediados de la década de los 50, mucho antes de los shocks petroleros.

A estas alturas el lector se preguntará cuál es la diferencia entre empleo y desocupación; ¿no son distintas caras de la misma moneda? Hay una diferencia importante entre ambos conceptos. Sólo quienes están activamente buscando trabajo son considerados al calcular la tasa de desocupación. En consecuencia, si la gente que quiere trabajar crece más rápido que los empleos, la tasa de desocupación crecerá junto con el empleo.

Un estudio reciente avanza de manera importante en nuestra comprensión del caso chileno, centrándose también en el empleo en lugar de la tasa de desocupación. Dicho estudio, de Kevin Cowan, Alejandro Micco y Carmen Pages, del BID, llega a varias conclusiones interesantes.

Primero, los incrementos del salario mínimo de fines de los 90 tuvieron un impacto negativo y apreciable sobre el empleo, principalmente para trabajadores de baja calificación. Segundo, los salarios se ajustaron poco luego de la crisis asiática, lo cual también afectó negativamente al empleo. Tercero, las rigideces del mercado laboral chileno son un problema, pero dichas rigideces reflejan principalmente problemas de larga data, no reformas recientes.

¿Qué hacer? A riesgo de ser tildado de “economista de derecha” déjenme insistir en la importancia de flexibilizar la jornada laboral, tanto para facilitar la participación de la mujer como para hacer más rentables inversiones de alto costo. Pero también hay temas políticamente impopulares donde sería bueno avanzar. Por ejemplo, las indemnizaciones por años de servicio no se justifican ahora que hay un seguro de cesantía y, posiblemente, explican parte de la destrucción de empleos que suele acompañar nuestras crisis externas.

Es posible que la lenta recuperación del empleo termine siendo el talón de Aquiles de la Concertación en la elección presidencial: sería una pena, porque hay políticas que podrían contribuir a acelerar dicha recuperación que no se han utilizado.

***Eduardo Engel es Profesor Titular de Economía de la Universidad de Yale.**